

III

La caza de la zorra, en Inglaterra, es afición cinegética de la gente de elevada alcurnia, que tiene ricos trenes venatorios.

Los grandes lores cazan las zorras á la carrera, forzando al astuto animal, que despliega sus mañas y arterias para despistar á la jauría. Las damas inglesas, las jóvenes *miss*, rubias como doradas espigas, montando altos y nerviosos caballos, toman gran placer en aquellas carreras desenfrenadas, en que zorra, caballos, y perros, corren... corren sin cesar, hasta que jadeante, rendida, la zorra cae en poder de la furiosa jauría.

Los venados son muy raros en la Gran Bretaña desde que estos hermosos animales se refugiaron en los bosques inaccesibles que constituyen los *Highlands* (tierras altas) de Escocia. Así es que los cazadores de aquél país, jinetes por excelencia, circunscriben su diversión favorita á perseguir zorras, cuyo ejercicio desarrolla las buenas cualidades del caballo y del que le monta.

En el Reino Unido ésta es la verdadera caza del *gentleman*.

Es imposible ni aun calcular siquiera el número de jaurías que se mantienen con grandes gastos en los diversos condados de Inglaterra é Irlanda, é imposible también describir el entusiasmo con que los cazadores toman parte en las frecuentes expediciones que hacen á aquellas feraces campiñas.

Todo propietario que se permite el lujo de tener una jauría para cazar zorras asume una gran responsabilidad, puesto que, para ser agradable á los amigos que invita, ha de velar continuamente por la buena educación de los perros, y aprender él mismo á conducir perfectamente la partida desde su comienzo hasta la muerte del animal, que, como saben nuestros lectores, es uno de los más hábiles y de los más astutos de todos los que el Creador ha colocado sobre la superficie de la tierra.

Para cazar zorras, la jauría, acompañada de un picador y de los mozos de trailla, se presenta con mucha anticipación en el sitio prefijado de antemano. Al llegar el dueño con los convidados, una alegre exclamación parte de la servidumbre allí reunida.

Por distintos parajes se ven venir cazadores retrasados que acuden al punto de cita y que se acercan al

galope tendido de sus caballos. Los perros, impacientes por verse en libertad, ladran de una manera atroz, y apenas si los criados pueden reducirlos á que esperen en fuerza de gritos y de latigazos.

La animación de la escena es indescriptible cuando llegan las señoras que van á participar de la fiesta cinegética: unas siguen á los cazadores en carruaje, y otras montan á caballo, luciendo elegantes trajes de amazonas.

Las mañanas de primavera en las comarcas inglesas son deliciosas. Un rocío abundantísimo cubre las plantas bajas de aquellas inmensas praderas, cuyos límites se pierden de vista; y alguna que otra vez, aunque el caso es raro, suele salir el Sol rompiendo la densidad de las nieblas que empañan el horizonte.

Los ojeadores se van á cierta distancia de los cazadores para empezar su tarea: los mozos de trailla se colocan con los perros en los puestos que ya tienen marcados alrededor del bosque que se va á explorar, hasta que á una señal del que hace de montero mayor se sueltan los perros, que arrancan como saetas á registrar los matorrales, mientras los cazadores han salido del lugar de la cita á todo galope.

Uno de los perros da el alerta, y los demás se precipitan sobre el rastro que uno ha descubierto.

El zorro ó la zorra sorprendida en su cama emplea los mayores artificios para burlar la vigilancia de los que corren tras ella; pero pronto se decide á fiar su salvación en la huida, y sale á campo descubierto poniendo gran distancia entre ella y los cazadores.

De repente varía de dirección; y los perros, contrariados y casi sin aliento á causa de la velocidad de la carrera, se quedan suspensos un instante, hasta que llegan los jinetes y les incitan con la voz y con el gesto á continuar buscando la pieza, que no cesa de volar como el viento.

Los caballeros, entre tanto, no se descuidan, y marchan saltando vallados y atravesando zanjas y vericuetos, unas veces á la cabeza de la jauría y otras dejándola muy atrás, embriagados con aquel verdadero *steeple chase* á que les arrastra la astucia de la pieza que corren y las curvas ó caprichosos giros que va describiendo en la huida.

Ya tropieza un caballo; ya cae un jinete en la zanja que iba á saltar; ya otro se atasca en el lodo de un pantano: la batida no se interrumpe por ello, ni nadie se detiene, ni aparta la mirada del animal, que parece complacerse en llevar á sus enemigos á los lugares más accidentados del terreno.

De pronto suenan las trompas dando aviso de que

la jauría está próxima á alcanzar á la zorra; los caballos relinchan de alegría al oír aquel toque que ya conocen; los jinetes se reaniman, gritando: *¡hurrah! ¡hurrah!* con toda la fuerza de sus pulmones; y en momentos tan su-

premos hincan las espuelas sin piedad á sus corceles, y, desafiando obstáculos y peligros de todo género, llegan al fin al sitio en que la zorra, jadeante, cubierta de fango y chorreando sudor, se ve ya casi rodeada



Un feliz encuentro

por los perros, enfurecidos con la lucha y la resistencia. Este es el acto que se representa en nuestra lámina.

Un momento después muere estrangulada, y uno de los criados la levanta en alto, evitando así que la destrocen los perros.

El grito *¡dewo-hoop!*, que lanza uno de los jinetes, se va repitiendo y extendiendo á los cazadores que se han quedado atrás, para demostrarles que ha concluido la batida, y que de nada han servido á la zorra sus proverbiales recursos para escapar de los perros, que,

atraillados por los mozos, siguen al paso á la alegre y pintoresca comitiva.

IV

Nuestros lectores habrán notado que somos poco dados á los paréntesis y digresiones; pero el hermoso grabado intercalado en las páginas de esta enciclopedia, trasunto de un venturoso encuentro de bellas damas y galantes cazadores, nos obliga á hacer un alto y á referir el siguiente sucedido histórico, que podríamos titular: *Á falta de zorros... vengan bellísimas doncellas*, si no temiéramos herir la susceptibilidad de la mitad más bella del género humano.

Una hermosa mañana de primavera, el Marqués de C., y H., joven ingeniero, ambos apuestos cazadores, de veinticinco y treinta años respectivamente, corrteaban por los bosques de X., en el departamento del Aisne (Francia).

Las gotas de rocío brillaban á guisa de menudos brillantes heridos por los primeros rayos del Sol; los árboles, vistiendo ya las primicias de su verdor, encantaban la mirada; el cielo, purísimo y azul, daba alegres y deslumbrantes toques á los objetos; y una brisa suave y perfumada contribuía á dar al alma dulce contentamiento.

En balde ambos mancebos habían recorrido el sombrío bosque, ávidos de tirar sobre alguna buena pieza. Los perros, aburridos de no arrancar siquiera una mísera ave ó conejo, caminaban perezosamente, mirando de soslayo á sus amos.

Los cazadores que lean estas líneas saben de sobra el hastío que produce un paseo platónico, por más que las delicias del campo conviden á la poesía.

—Amigo Marqués,—dijo el ingeniero,—fuerza es convenir en que Diana no nos es propicia.

—Tenéis razón, Pablo. El arrendador Lacroix jura y perjura que el país está poblado de zorras y otras alimañas; pero el buen hombre habrá soñado, ó trasegado más vino que el de costumbre.

—Ya lo veis,—siguió el ingeniero,—hermosa expedición para dos amantes que, mirándose dulcemente, y cogidas amorosamente las manos, atraviesen estas florestas, jurándose eterno cariño y respirando los olores del espliego y la madreSelva. Pero,—añadió sonriendo,—dos cazadores armados, como nosotros, como dos habitantes de las selvas americanas, hacen un triste papel mirando sólo como revolotean las pintadas y hermosas mariposas.

Riendo y hablando seguían su camino ambos mozos, cuando de repente, en una revuelta del camino, los perros se pararon.

Nuestros cazadores prepararon sus magníficos Le-faucheux de dos tiros.

La suerte parecía, al fin, mostrarse propicia, y los canes señalaban, sin duda, alguna buena pieza.

Trascurrieron dos minutos en que cazadores y canes permanecieron inmóviles.

No se oía otro ruido que el susurro de las hojas medidas blandamente por la brisa.

De repente se oyó, á unos veinticinco pasos, una estrepitosa carcajada mujeril. Los perros ladraron, y los cazadores, amoscados, pusieron sus fusiles á la bandolera, y hallaron, escondidas en la floresta y tendidas muellemente sobre la blanda hierba, á dos hermosas jóvenes.

Si fuéramos novelistas, y no sencillos narradores venatorios, trazaríamos el retrato de aquellas hermosas niñas, rubias y gentiles, y que por su traje y maneras denotaban ser de elevada alcurnia.

Rojas como amapolas, y fingiéndose dormidas, vieron acercarse á nuestros cazadores, que hallaron allí *dos hermosas piezas*.

Eran Matilde y su prima Juana, hija del Barón de K., gran cazador y muy conocido en el mundo parisién por sus ricos trenes de caza, y especialmente por sus perros grifones y escoceses.

El Barón de K. tenía su castillo en los alrededores, y el Marqués de C. visitaba con frecuencia á una familia unida, por añejos vínculos, á la suya.

Las gallardas mozas abrieron, por fin, los ojos, y pusieronse precipitadamente en pie al ver acercarse á los dos mancebos.

Hechas las presentaciones de costumbre, entablóse sabrosa y animada conversación, olvidando nuestros mancebos su expedición venatoria.

Para no fatigar al lector, diré, como epílogo de esta verídica y sencilla historieta, que pocos meses después se casaron el Marqués con Matilde y el ingeniero con Juana. La primera pareja vive en París durante el invierno, y reciben con exquisita cortesía en su castillo á sus amigos; el joven ingeniero dirige, en el departamento del Loire, una gran fábrica, y hase vuelto famoso cazador de zorros.

V

La zorra es un animal aborrecido, y su cabeza siempre se halla á precio. La veda no reza con semejante